

La libertad, la paloma y el halcón y el hombre

❖ Cfr. Gianfranco Ravasi, *Avvenire*, 30 junio 2006

Entre los animales jamás sucede que una criatura nacida para ser una paloma se convierta en halcón, lo que, desgraciadamente, se da en el género humano.

A veces, leyendo en las crónicas las descripciones de ciertos delitos tan feroces que causan una repugnancia instintiva, puede surgir este pensamiento: este criminal ha sido niño, se nos habrá mostrado con una cara frágil e inocente, en su existencia habrá sentido al menos alguna vez un estremecimiento de ternura y de humanidad ... Y, sin embargo, sigue siendo verdadera la frase que he propuesto al inicio, que es del famoso escritor francés Víctor Hugo (1802-1889). Que se den en la naturaleza palomas y halcones, gatos y leopardos, colibrís y serpientes forma parte de la variedad de la creación y de la complejidad de la evolución, de la adaptación al ambiente, de los mismos límites de la naturaleza que no es perfecta, eterna e infinita como su Creador.

Todo animal se mantiene en su especie y en su comportamiento; el hombre, con el don grandioso y terrible de la libertad, puede en cambio cruzar esos confines y transformarse en bestia feroz, en un monstruo, en un demonio. Incluso si hay algún animal que parece que prevarica con su naturaleza, ello se debe al hombre que consigue deformarlo: pensemos en los pitbull o en las bestias adestradas para el combate y en las consiguientes apuestas. Ha habido personas - y la historia del nazismo nos lo ha enseñado - que eran padres tiernos, refinados cultores de la música y del arte, y que en los lager se convertían en bestias humanas. Es más, se verificaba en ellos lo que Shakespeare ponía en los labios de Enrique IV: ¡a su madre que le hacía ver que también las bestias tienen piedad, él respondía diciendo que no era una bestia y que, por tanto, no tenía ese sentimiento! Por tanto estemos atentos a todo germen de inhumanidad que se insinúe en el alma.